

INTELECTUALES

EL MUNDO, 04-03-2005

Hoy estoy triste. Me va a costar escribir pero lo intento una vez más. Esta correspondencia se está convirtiendo en una droga. Nunca tuve un diario. Siempre me pareció absurdo escribir para la nada. Me sigue ocurriendo. Así que cuando me piden un artículo, escribo una carta, imagino a alguien a quien me gustaría contarle algo y me pongo a escribir. Son cartas que no envío nunca, salen publicadas en alguna revista de teatro o en las páginas de un periódico.

Pienso en la nostalgia del *underground*, la nostalgia de trabajos al margen. ¿Por qué nos gustará tanto ser minoritarios? Cuando empecé a hacer teatro ninguna sala nos quería. A mí me daba igual. Montamos piezas en sótanos, apartamentos, discotecas... Luego vinieron los vendedores de sueños a buscar nuestras pequeñas perlas. Y se las vendimos. Entonces empezó lo de ganarse la vida haciendo espectáculos. No ganarse la vida vendiendo entradas sino gustando a unos cuantos críticos, a unos cuantos directores de teatro, y recibiendo dinero de gente que ni te gustaba ni te entendía. A eso también lo llaman prostitución. Durante una época me encantó ser una puta. Me vestía para matar y me paseaba por los despachos de las instituciones con una gran bolsa de plástico metiendo puñados de dinero para nuevos proyectos. Un tipo del gobierno dudaba de si yo era un directivo de una gran empresa o el ideólogo de una banda terrorista. Me encantaba jugar a ese juego, hasta que me cansé. De hecho, hace tiempo que me cansé de todo eso porque fui perdiendo contacto con la gente que de verdad me gustaba.

Pero no debería quejarme. Odio a los que se quejan. Hay que hacer oídos sordos a los que se quejan. Malditos traficantes de desgracias. Lloran, gritan, se quejan con el solo propósito de que los mires, de que te acerques... todos ellos farsantes. Tienen una buena historia que contar, una bonita historia que suele acabar con el fin del mundo. Sólo te piden que escuches un rato y luego sacan del bolsillo de la gabardina esa oferta de redención a la que no vas a poder decir que no: vente a la cama conmigo, compra mi último libro, contrátame para redactar el informe; te salvaré, yo tengo la solución a los problemas del mundo; soy crítico, inteligente, a mí nadie me engaña. Malditos intelectuales. Cuando veas que se te acerca con esos ojos cansinos y la cabeza baja no lo saludes, no le ofrezcas esa sonrisa, ni siquiera te apartes. Patéalo sin cruzar palabra. Aunque sea el periodista del *Allgemeine Zeitung*, aunque sea ese experto en Medio Ambiente que tanto te conmueve, aunque realmente tenga razón, simplemente patéalo. Y cuando esté tendido en el suelo, entonces pídele que te cuente cosas bonitas. Agoreros del fin del mundo dispuestos a dar soluciones. Ellos suelen tenerlas: una farsa más, otro negocio. Las soluciones nunca funcionan. Y ya están augurando nuevos desastres para volver a vendernos lo de siempre, el mismo timo, la misma filosofía del Apocalipsis.

Las verdaderas víctimas callan, siempre callan: el boxeador noqueado sobre la cancha, el muerto de hambre, el convicto. Y sino se divierten. Divirtámonos

entonces. Salgamos a la calle y juguemos al ping-pong sobre el capó de los coches, en los escenarios, en las mesas de los restaurantes. Convirtámonos en verdaderas bestias del tenis de mesa. ¡Vayamos de gira por China a mostrar nuestro verdadero arte!